

## GESTIÓN



**Mariano Vilallonga**, Director General de Gestión y miembro de TopTen Management Spain.

### EL MANAGEMENT DEL COMUNISMO A 100 AÑOS DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

Se cumplen este mes de octubre de 2017, 100 años de la revolución bolchevique. Son numerosos los libros que en esta efeméride se han editado o reeditado. Sólo uno de ellos se centra en el análisis de los sistemas de gobierno. Se trata de “¡Camaradas! De Lenin a hoy” (Lid, 2017), escrito por Javier Fernández Aguado. En esta magna obra me baso para estas reflexiones y a ella remito a los interesados en profundizar en los temas aquí apuntados.

En los albores del comunismo puede quizá intuirse buena intención en el deseo de algunos de transformar en realidad una utopía. Desafortunadamente, la implementación ha sido siempre lamentable.

Los rendimientos del comunismo no han sido, hasta el momento, buenos en ningún lugar. Sólo han tenido un aspecto positivo: contribuir a remover conciencias para servir de contrapeso a los excesos del capitalismo. No pocos rusos comentaban tras la caída de la Unión Soviética: “Gracias a que nosotros conocimos el rostro inhumano del comunismo, vosotros habéis conocido el rostro humano del capitalismo”.

Las revoluciones siempre arrancan como conmociones anarquistas dirigidas contra una estructura burocrática del Estado. Luego la reemplazan por otra organización burocrática, por regla general más rígida y que más temprano que tarde cancela la libertad de las masas a las que prometía liberar. Como todos los profetas de utopías,

Marx y sus aplicadores prácticos abandonaron pronto al ser humano en beneficio de una entidad abstracta que acabó transfigurándose en el enriquecimiento de ellos mismos como nueva clase dirigente o *nomenklatura*. Lenin y sus secuaces llegaron prometiendo paz, pan y tierra, pero entregaron como herencia sufrimiento, discordia, hambre y pobreza.

### UN MODELO ¿A SEGUIR?

Como bien explica Fernández Aguado, dentro de Lenin se apila un universo de perfidia. Acabaría transmutando en el doctrinario de una ideología demoleadora. Sus supuestos opositores, los nazis, encontrarían en él el mejor de los modelos. Escribiría Rudolph Hoss, máximo responsable de Auschwitz-Birkenau: “La dirección de seguridad hizo llegar a los comandantes de los campos una documentación detallada en relación con los campos de concentración rusos. Partiendo de testimonios de evadidos, se exponían con todo detalle las condiciones que reinaban en los mismos. Se subrayaba de manera particular que los rusos aniquilaban poblaciones enteras empleándolas en trabajos forzados”.

Resulta profundamente revelador que uno de los dirigentes de un partido que funciona como una franquicia del comunismo, en la reciente presentación de una obra sobre Lenin, responsable de asesinar a muchos miles de personas, asegurase que Lenin es un personaje digno de alabanza. El motivo alegado es que fue capaz de implementar una ideología en forma de sistema político. Según eso, cabría añadir, también debería alabar a Hitler...

Stalin no se circunscribió a exterminar a los Romanov, sino a todos los partidos que habían luchado con o en contra de Nicolás II. Es más, aniquilar al zarismo no le resultaría en cualquier caso tan anhelado como acabar con cualquier disidente. También en su entorno más próximo, fue Stalin un exterminador. Nadia –su mujer– se suicidó.

**Un sectarismo clarividente conllevan que se confíe ciegamente en lo que afirman los superiores, sin poner nunca pega alguna**

Se negaría la verdad, afirmando que había muerto de un ataque de apendicitis. Hasta su mejor amiga reaccionaría en su contra, clamando contra ella, porque ¡la necesitaba Stalin! Como si la realidad no hubiese sido que prefería la muerte a seguir conviviendo con aquel “Padrecito” que aseguraba que de las cárceles se puede salir, pero no de las tumbas.

El experimento social inspirado por Marx y luego políticamente implantado por Lenin y muchos otros culminaría en millones de muertos a quienes se había prometido mejor vida. Un sueño idealista se transformaría en la peor de las pesadillas que ha sufrido la humanidad, superando en mucho la crueldad de los zares: de 1825 a 1917 el número total de personas condenadas a muerte en Rusia por sus opciones políticas fueron 6.360. En marzo de 1918 —¡menos de seis meses!— los bolcheviques ya habían superado con creces esa cifra.

Alejandro II, abuelo de Nicolás, había abierto la mano con las reformas, como la creación de concejos rurales que constituían un autogobierno local, y había reorganizado sistemas de legislación y del ejército. Hasta entonces los campesinos debían servir cinco lustros obligatoriamente y las penas por mala conducta eran feroces. Lenin tenía claro que si algo mejoraba para la plebe eso no le beneficiaba. Cuanto peor, mejor: a mayor hartazgo, mayor posibilidad de que su revolución estallase. Sólo pensaba en él y en sus secuaces.

Las causas cercanas de octubre de 1917 son múltiples. Entre otras, las lamentables cosechas y la elección de las personas inadecuadas. Por ejemplo, el

nombramiento como ministro del interior de Alexander Protopopov. De vida nada ejemplar y obsesionado con las ciencias ocultas, Protopopov estaba desequilibrado.



## LECCIONES APRENDIDAS

Fernández Aguado, en “¡Camaradas! De Lenin a hoy”, no se limita a analizar un peculiar experimento sociológico que empleó a humanos en vez de ratas u hormigas. Realiza un amplio análisis de personajes que permite desentrañar muchos aspectos de aquellos luctuosos hechos. Muchas veces se ha argumentado que la idea era buena, pero que la implantación fue mala. Por eso, debería intentarse de otra forma. ¿Habría que decir entonces lo mismo del nazismo o de la inquisición?

El 17 de mayo de 1958 aseguraba Mao: “No hay que armar tanto alboroto por una guerra mundial. Lo peor que puede pasar es que muera gente (...). Que la mitad de la población desaparezca del mapa, lo que ya ha ocurrido varias veces en la historia de China (...). Lo mejor sería que quedara la mitad de la población, lo siguiente mejor que quedara un tercio”. Con esos principios llevados a la práctica de gobierno, sólo en 1960 fallecieron por hambre más de veintidós millones de chinos.

A pesar de los lamentables resultados, muchos seguidores no han tenido pelos en la lengua para identificarse con esos orígenes nada aconsejables. Fidel Castro, dictador cubano, lo confesaba el 1 de diciembre de 1961: “Lo digo con orgullo y convicción: soy marxista-leninista y seguiré siendo marxista-leninista hasta el último día de mi vida”. Soslayaba Castro que, en la práctica, casi cualquier profesional cubano que tenga algo que afirmar sobre las verdades un profesional en el exilio.

Hasta el momento, en el comunismo no ha habido proyectos, sino improvisaciones y eslóganes. Sus sucesivos adalides se han protegido, al igual de que el nazismo, detrás de un supuesto pueblo para decidir y hacer lo que le parece oportuno a la cúpula tiránica que siempre se impone. Que la diferencia esencial entre nazismo y comunismo es nimia pocas personas con conocimiento lo dudan. Nadie con dos dedos frente en la Polonia de fines del II Guerra Mundial se hacía ilusiones con los soviéticos. Un poeta de la capital

anticipaba: “Esperamos la plaga roja / que llegará tras la muerte negra”.

Cuenta Juan Reinaldo Sánchez, guardaespaldas de Castro por casi dos décadas, que durante años no se le ocurrió preguntarse por si lo que proclamaba Castro era cierto o no. Permaneció seducido por las soflamas del caribeño. Posteriormente abrió los ojos al verificar el mundo de falacias en el que se había desarrollado.

Las coordenadas geográficas, cronológicas o culturales en poco cambian los hechos. En 1932, Largo Caballero ponía negro sobre blanco sus propósitos: “Si no nos permiten conquistar el poder con arreglo a la Constitución (...), tendremos que conquistarlo de otra manera”. Al cabo, como en los demás casos, se acabó implantando una tiranía policial. Un empecinamiento intransigente y un sectarismo clarividente conllevan que se confíe ciegamente en lo que afirman los superiores, sin poner nunca pega alguna.

## Por qué si el comunismo crea paraísos han de establecerse por la fuerza e impedir que la gente huya

Cabría preguntarse por qué si el comunismo crea paraísos han de establecerse por la fuerza e impedir que la gente huya. El *management* del comunismo siempre ha jugado a lograr una servidumbre voluntaria combinada con la extensión del terror. En él, como en todas las sectas, dudar es traicionar. Por eso, el más peligroso de los enemigos es siempre el disidente. “¡La libertad —son palabras literales de Lenin— es un lujo que el comunismo no puede permitirse!” Piatakoff lo explicaba así: “Si el partido lo exige, un auténtico bolchevique está dispuesto a creer que lo negro es blanco y lo blanco negro”.

De esto y de muchas otras cuestiones se habla documentadamente en “¡Camaradas! De Lenin a hoy”. Se trata, sin duda, de una nueva obra maestra de un autor que ya ha analizado el *management* en el imperio romano (Roma, Escuela de directivos), en los faraones (Egipto, Escuela de directivos), o en el partido nazi (el *management* del III Reich). Ojalá su lectura pausada contribuya a que muchos ingenuos poco informados eviten contribuir al advenimiento de un sistema de gobierno que acaba siempre por destrozar allí donde se implanta. ■